

MONSEÑOR ROMAN ARRIETA VILLALOBOS

Confesiones de un arzobispo

El hijo mayor de una numerosa familia de San Antonio de Belén es hoy el arzobispo de San José, pero no olvida sus orígenes humildes y los acontecimientos que definieron su ingreso al sacerdocio.

EMILIA MORA GAMBOA

La República

En los años veinte no existía el balneario de Ojo de Agua y lo que había ahí era una finca que todos conocían como La Fuente, donde vivía una pareja sumamente pobre que tenía que hacer miles de sacrificios para criar a sus trece hijos.

La "catizumba de güilas" no sabía de lujos, pero tampoco los extrañaba, porque contaba con el cuidado amoroso de su madre, Francisca Villalobos y estaban seguros de que las "trabajadas" que de sol a sol se daba su padre, Carlos Arrieta, les aseguraba el sustento diario.

Aunque su salario era de \$4,75 a la semana, el humilde peón agrícola nunca pensó en rebelarse contra su suerte y siempre fue la columna medular que sostuvo la vieja casa perdida en el potrero.

La "chapulinada", comandada por Román, el hermano mayor, no dejaba de inventar juegos en los que aburrimiento era el gran ausente. Las bolinchas; trepar a los árboles a "apear" jocotes, nisperos y cuanta fruta les regalara la Naturaleza; resbalar en tablas por la ladera del potrero o correr con una rueda de estañón y un gancho, pensando que era un "Cadillac", ocupaban los días de los trece hermanos.

Lo que más le gustaba a Román, siempre terco y activo, era escaparse a las pozas a nadar y



Monseñor Román Arrieta y su madre, Doña Francisca Villalobos, comparten su residencia en Heredia.

competir en zambullidas con sus amigos y compañeros.

Pero los años pasaban, los chiquillos crecían y llegó la hora de mandarlos a la escuela, descalzos pero limpios y advertidos de que tenían que hacer "mucho caso a la maestra".

Fue de nuevo Román quien se puso al frente de la tropa para guiarlos a la Escuela España de San Antonio de Belén. Sus memorias empiezan a ser más formales y muy seguro, rescata la imagen de su única maestra, la "niña" Socorro Torres Murillo.

"Fue mi maestra de primero a sexto grado y es curioso que cuando era su discípulo, ella sintió el llamado a la vida religiosa y fundó, junto con otras mujeres, la Congregación Misioneras de la Asunción", contó Monseñor.

Años después, siendo ya Arzobispo, le tocó entregar a su maestra el reconocimiento con-

cedido por el derecho diocesano, con permiso de la Santa Sede, lo que la convirtió en la única congregación fundada en Costa Rica.

La "niña" Socorro tiene 84 años y vive en San Pablo de Heredia, donde frecuentemente la visita quien primero fue su discípulo y ahora es su pastor.

El Arzobispo de San José cierra los ojos al recordar su infancia y cuando los abre, una leve nostalgia se apodera de ellos porque en el camino recorrido, muchas veces se ha devuelto a esos recuerdos para seguir adelante con la ardua tarea que la Iglesia Católica le ha encomendado.

Rumbo al futuro

Al concluir la primaria, en la familia Arrieta Villalobos hubo una importante reunión para decidir el futuro de Román. Iba al colegio o ayudaba a su padre

en las labores del campo.

Fue el criterio de doña Francisca el que prevaleció, pues con "muy buen tino", la mujer objetó que un salario más no iba a sacarlos de la pobreza y era mejor hacer un sacrificio para que el inteligente chiquillo fuera al colegio.

Eso significaba viajar por un pésimo camino desde la finca de La Fuente hasta el Instituto de Alajuela, "batiendo barro en el invierno y tragando polvo en el verano".

Además, representó la compra de su primer par de zapatos, los cuales se echaba al hombro hasta que llegaba a la pulpería de doña Lucrecia Corrales, ubicada en la desembocadura a la vieja carretera a Puntarenas, ahí se lavab los pies en una acequia para continuar a la ciudad.

La pobreza también estaba presente en la única "charretera" que tenía y que su madre se

encargaba de lavar todos los días, para que pudiera ir al colegio bien presentado.

La constancia del muchacho impresionó al director del instituto, Hernán Zamora, muy amigo de monseñor Víctor Manuel Sanabria, en ese entonces obispo de Alajuela.

"Es un estudiante aventajado", le comentó don Hernán a monseñor Sanabria y el prelado quiso conocer al joven que venía desde La Fuente en esas condiciones.

Un día, Monseñor invitó al muchacho a almorzar a su casa, quien llegó temblando como el "azogue", pero pronto se dio cuenta que el obispo que el infundía tanto temor, era una persona de carne y hueso llena de bondad y con muy buen humor.

Le dijo que no llevara más el "gallo" de su casa y que almorzara todos los días con él, aunque ese primer día "no pude

Domingo



La República/Marco Monge

comer nada de la congoja, me temblaban las manos, yo apenas tenía 13 años”.

Al concluir su primer año de colegio, monseñor Sanabria planteó la posibilidad de que Román Arrieta continuara su enseñanza en el Colegio Seminario, ubicado detrás de la Catedral Metropolitana, en San José.

“Yo ingresé sin pensar en la vocación sacerdotal, ahí iban jóvenes que querían estudiar otras profesiones. Fue hasta 1942 en que obtuve el bachillerato, que pensé seriamente en continuar en el Seminario Mayor”, expresó.

Los alemanes Padres Paulinos, regían en ese tiempo la enseñanza en el seminario y según afirmó, fue con ellos que aprendió la disciplina, la puntualidad, el orden, la limpieza, la responsabilidad y la humildad, valores que “podían convertirse en la mejor arma contra el subdesarrollo”.

Corría el año de 1948 y el país enfrentaba la revolución cuando Román Arrieta fue ordenado sacerdote en circunstancias muy dolorosas.

“Ese mismo día me enviaron a la parroquia de San Antonio de Belén, pues el padre Chanito Alvarez debía partir como capellán del ejército. Al padre Jorge Quesada, quien predicó en mi primera misa, lo mataron poco después en la frontera. Además, mi padre murió en 1947 y no pudo verme como sacerdote”.

Del jet a la yegua

En enero de 1949, lo enviaron como coadjutor a San Ramón de Alajuela, donde estuvo hasta setiembre de ese año en que le dieron una beca para ir a los Estados Unidos, donde obtuvo en 1952 una maestría en Educación, en la Universidad Católica de Washington.

Cuando regresó, como era Semana Santa, lo mandaron a Venecia de San Carlos y sus compañeros le

La biblioteca es uno de sus lugares preferidos de la casa.

decían que le había tocado pasar del “jet a la yegua”, porque los caminos eran muy malos.

“Pero esa Semana Santa duró hasta 1961, año en que me nombraron obispo de Tilarán, diócesis que fundó el Papa Juan XXIII. Entonces tuve dos opciones, hacer mi trabajo desde un escritorio o salir al campo, preferí lo segundo e inicié una de las etapas más lindas de mi vida como sacerdote”.

Recorrió toda la zona llevando el evangelio y el consuelo de la fe a miles de personas en lugares lejanos y difíciles.

“Yo estaba lleno de salud y entusiasmo y no me molestaba dormir en el suelo o en una tijereta, comía lo que hubiera y compartía con los campesinos. Allí conocí la grandeza y la nobleza del alma de esos costarricenses, una riqueza ahora estamos perdiendo”.

Fue una época de privaciones donde el padre Román vestía siempre botas y ropa de army, pero pasaba “feliz y contento”.

Cada día

“Si no hubiera sido sacerdote me hubiera gustado ser ingeniero o periodista”, dice

monseñor Arrieta, dispuesto a mostrar algunas facetas de su vida que la gente no conoce.

En sus años de colegio dirigió la revista interna “Cáritas” y en la diócesis de Alajuela, fundó el periódico “Catolicismo”, que llegó en algún momento a superar la circulación del Eco Católico.

En 1979 el Papa Juan Pablo II lo nombró Arzobispo y lo trasladó a la Sede Metropolitana, dejando atrás “los años más felices de mi vida”.

Ahora, en sus pocos ratos libres sigue cultivando su pasatiempo favorito: leer, especialmente sobre derecho canónico, teología y doctrinas de la Santa Sede, así como libros de historia, ciencias, idiomas o los de Julio Verne.

Escuchar música ocupa también algunos momentos en su día y aquí se hace patente otra faceta que muchos desconocen, pues es el propio Monseñor quien se encarga de conducir su auto de su casa al Palacio Arzobispal.

“Nunca he pagado un chofer, yo mismo conduzco y cuando lo hago, voy escuchando música clásica o de antaño, lo que me ayuda liberarme del estrés”.

Como “buen campesino”, todos los días se levanta a las cinco de la mañana. “Me daría mucha vergüenza levantarme a las ocho”, dice sonriendo y cuenta que primero hace sus oraciones, luego desayuna y lee todos los periódicos, que se convierten en sus “maitines” (oración de la mañana de un cristiano), porque piensa que es necesario iluminar con la luz del evangelio los acontecimientos de la vida diaria.

Quiero estar cerca del pueblo “Nunca está en la Catedral”, le reclaman muchas veces los fieles a Monseñor, pero eso an-

tes que resentirlo le permite explicar que quiere estar compartir más con la gente.

“Son 115 parroquias en la diócesis de San José, que incluye Cartago y Heredia, y es allí hacia donde me dirijo cuando no estoy en la Catedral. Más bien, son tantos los compromisos que a veces no puedo cumplirlos todos”.

Ese deseo lo ha convencido de la importancia de los medios de comunicación social, “que tienen mayor impacto y penetran más en las comunidades que un sermón dicho donde solo hay unas doscientas personas, por eso, cometería pecado de omisión sino aprovecho el medio que llevará el mensaje de Dios a miles de personas”.

Desde 1975 hace dos programas semanales de 4 minutos en Radio Monumental y cuando va a grabarlos, camina las dos cuadras que separan el Palacio Arzobispal de la emisora.

Ese recorrido le toma generalmente una hora, ya que muchos se acercan a saludarlo y a contarle sus problemas. “Aunque sé que no le puedo caer bien a todo el mundo, nunca he recibido una ofensa ni un mal modo, el tico es muy educado y respetuoso y eso lo he comprobado en mis caminatas por la Avenida Central”.

Además, monseñor Arrieta hace tres intervenciones en Canal 6 y por eso en tono jocoso dice que “soy el cuarto chiflado”, ya que uno de los espacios se transmite los martes a las 11:30 a.m. antes de “Los tres chiflados”.

“He visto en los medios de comunicación un instrumento de evangelización y aunque mi vida está absorbida por mi trabajo episcopal, no debo olvidar que la mejor manera de llegar a los fieles es estar cerca de ellos”.

Su vida por dentro

▼ Monseñor Román Arrieta es el mayor de trece hermanos, de los cuales solo uno ha muerto, Víctor Manuel, quien falleció después de sufrir un accidente en su bicicleta.

▼ Nació en Heredia, en La Ribera de Belén, pero fue inscrito en Alajuela, por eso dice que tiene su corazón en las dos provincias.

▼ Sus hermanos lo han hecho tío 28 veces. Su madre, Francisca Villalobos, quien tiene 87 años, dice que sus nietos le tienen más confianza a Monseñor pero menos respeto.

▼ Monseñor Arrieta sigue practicando la natación y aún reta a los jóvenes a “consumidas y siempre les gana”.

▼ Ha viajado en 64 ocasiones a Roma para cumplir funciones de su cargo.

▼ La primera vez que asistió al Aula Conciliar en el Vaticano, le tocó sentarse en las últimas bancas, pues con 37 años era uno de los obispos más jóvenes. Ahora le toca sentarse “casi de primero, pues soy un veterano”.

▼ En 1962 participó en las cuatro sesiones del Concilio Ecueménico Vaticano, una gran suerte si tomamos en cuenta que se realiza cada cien años.

▼ Es presidente del departamento de Vocaciones y Ministerios de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), y vicepresidente de la entidad. Además, presidente de la Secretaría Episcopal de América Central (SEPAAC).

▼ Desde 1970 es presidente de la Conferencia Episcopal, elección que se hace cada tres años y en todos los periodos lo han reelecto.